

# cauce

REVISTA 

REVISTA INTERNACIONAL DE  
FILOLOGÍA, COMUNICACIÓN  
Y SUS DIDÁCTICAS

Núm. 47 / 2024

 EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

**cervantes.es**  
 Centro Virtual Cervantes

## FUNDADORES DE CAUCE

Alberto Millán Chivite, M.<sup>a</sup> Elena Barroso Villar y Juan Manuel Vilches Vitiennes

**Director:** Pedro Javier Millán Barroso (Universidad Internacional de La Rioja)  
**Secretario:** Manuel Antonio Broullón Lozano (Universidad Complutense de Madrid)

## COMITÉ CIENTÍFICO

**Universidad de Sevilla:** Purificación Alcalá Arévalo, M.<sup>a</sup> Elena Barroso Villar, Julio Cabero Almenara, Diego Gómez Fernández, María Francescatti, Fernando Millán Chivite, M.<sup>a</sup> Jesús Orozco Vera, Ángel F. Sánchez Escobar, Antonio José Perea Ortega, M.<sup>a</sup> Ángeles Perea Ortega, Antonio Pineda Cachero, Ana M.<sup>a</sup> Tapia Poyato, Concepción Torres Begines, Rafael Utrera Macías, Manuel Ángel Vázquez Medel

**Otras universidades españolas:** Francisco Abad (Universidad Nacional de Educación a Distancia), Manuel G. Caballero (Universidad Pablo de Olavide), Manuel Antonio Broullón Lozano (Universidad Complutense de Madrid), Luis Pascual Cordero Sánchez (Universidad de Valladolid), Arturo Delgado (Universidad de Las Palmas), José M.<sup>a</sup> Fernández (Universidad Rovira i Virgili, Tarragona), M.<sup>a</sup> Rosario Fernández Falero (Universidad de Extremadura), M.<sup>a</sup> Teresa García Abad (Centro Superior de Investigaciones Científicas), José Manuel González (Universidad de Extremadura), M.<sup>a</sup> Do Carmo Henriquez (Universidade de Vigo), M.<sup>a</sup> Vicenta Hernández (Universidad de Salamanca), Antonio Hidalgo (Universitat de València), Rafael Jiménez (Universidad de Cádiz), Antonio Mendoza (Universidad de Barcelona), Pedro Javier Millán Barroso (Universidad Internacional de La Rioja), Salvador Montesa (Universidad de Málaga), Antonio Muñoz Cañavate (Universidad de Extremadura), M.<sup>a</sup> Rosario Neira Piñeiro (Universidad de Oviedo), José Polo (Universidad Autónoma de Madrid), Alfredo Rodríguez (Universidade Da Coruña), Julián Rodríguez Pardo (Universidad de Extremadura), Carmen Salaregui (Universidad de Navarra), Antonio Sánchez Trigueros (Universidad de Granada), Domingo Sánchez-Mesa Martínez (Universidad de Granada), José Luis Sánchez Noriega (Universidad Complutense de Madrid), Hernán Urrutia (Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea), José Vez (Universidade de Santiago de Compostela), Santos Zunzunegui (Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea)

**Universidades extranjeras:** Frieda H. Blackwell (Universidad de Baylor, Waco, Texas, EE.UU.), Carlos Blanco-Aguinaga (Universidad de California, EE.UU.), Fernando Díaz Ruiz (Université Libre de Bruxelles, Bélgica), Robin Lefere (Université Libre de Bruxelles, Bélgica), Silvia Cristina Leirana Alcocer (Universidad Autónoma de Yucatán, México), Francesco Marsciani (Alma Mater Studiorum-Università di Bologna), John McRae (Universidad de Nottingham, Reino Unido), Angelina Muñiz-Huberman (Universidad Nacional Autónoma de México), Edith Mora Ordóñez (Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile), Sophie Morand (Universidad de París II, Sorbona, Francia), Christian Puren (Universidad de Saint-Etienne, Francia), Carlos Ramírez Vuelvas (Universidad de Colima, México), Ada Aurora Sánchez Peña (Universidad de Colima, México), Claudie Terrasson (Universidad de Marne-la-Vallée, París, Francia), Angélica Tornero (Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México)

## COLABORADORES (no doctores)

Lidia Morales Benito (Université Libre de Bruxelles, Bélgica), Mario Fernández Gómez (Universidad de Sevilla), José Eduardo Fernández Razo (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México), Raquel Díaz Machado (Universidad de Extremadura)

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Director (Pedro J. Millán), Secretario (Manuel Broullón), M.<sup>a</sup> Elena Barroso Villar, Ana M.<sup>a</sup> Tapia Poyato, Fernando Millán Chivite

**Traductores del inglés:** Manuel G. Caballero, Luis Pascual Cordero Sánchez, Pedro J. Millán  
**Traductores del francés:** Manuel G. Caballero, M.<sup>a</sup> del Rosario Neira Piñeiro, Claudie Terrasson  
**Traductores del italiano:** Maria Francescatti, Manuel Broullón, Pedro J. Millán

## CONTACTO (REDACCIÓN, SUSCRIPCIÓN Y CANJE)

[www.revistacauce.es](http://www.revistacauce.es) / [info@revistacauce.com](mailto:info@revistacauce.com)

La revista *Cauce* se encuentra indexada en base de datos Emerging Sources Citation Index (ESCI), de Web of Science (WoS), con una puntuación de +3.5. Desde 2021, figura en Q4 del Journal Citations Index (JCI) de WoS. Además, también se incluye en el índice en DOAJ dentro de la sección MLA (Modern Language Association Database) con una puntuación de +3. Otras bases de datos que recogen la calidad de la publicación son: Scopus, Dialnet (Q3), DULCINEA, CIRC (grupo D), LLBA, ISOC y LATINDEX (31/33 CRITERIOS, clasificación decimal universal: 81:82:37). De acuerdo con el índice español DICE, se han de destacar de nuestra publicación la trayectoria temporal (45 años, fecha inicio: 1977) y la pervivencia (+1.5).

El número 47 (2024) de *Cauce. Revista internacional de Filología, Comunicación y sus Didácticas* ha sido editado en colaboración con el Grupo de Investigación *Literatura, Transtextualidad y Nuevas Tecnologías* (HUM-550)

Inscripción en el REP. núm. 3495, tomo 51, folio 25/1.

ISSN: 0212-0410. D.L.: SE-0739-02.

© Revista *Cauce*

Maqueta e imprime: *Cauce. Revista internacional de Filología, Comunicación y sus Didácticas*

Todos los artículos han sido sometidos a proceso de revisión por doble par ciego.

Han colaborado en este número: M.<sup>a</sup> Eugenia Álava Carrascal (Universidad Isabel I, España), Juan Pablo Amaya González (Universidad del Bío-Bío, Chile), Ana M. Bande (Universidade de Santiago de Compostela, España), Manuel A. Broullón-Lozano (Universidad Complutense de Madrid, España), Virginia Bonatto (Universidad Nacional de La Plata, Argentina), Anna Cacciola (Universidad de Murcia, España), Ana Casal (Universidad Nacional de las Artes, Argentina), Ángeles Ezama Gil (Universidad de Zaragoza, España), Miguel Ángel Martín Hervás (Universidad Complutense de Madrid, España), María Martínez Deyros (Universidad de Valladolid, España), Beatriz Martínez López (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España), Lisa Nalbone (University of Central Florida, Estados Unidos de América).

Artículos recibidos: 11

Artículos aceptados: 5

Artículos rechazados: 6





# ÍNDICE

DÍEZ DE REVENGA, FRANCISCO JAVIER  
Editorial: Carmen Conde, palabras para contener un destierro.....13

## **1. SECCIÓN MONOGRÁFICO: MUJERES, ESCRITURAS Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN ANTE LA ESFERA PÚBLICA EN ESPAÑA Y LATINOAMÉRICA (SIGLOS XX Y XXI): ENFOQUES DIDÁCTICOS Y COMUNICACIONALES**

BROULLÓN-LOZANO, MANUEL A.  
Introducción al número monográfico: mujeres, escrituras y medios de comunicación ante la esfera pública.....35

HERNÁNDEZ GÓMEZ, RAQUEL  
«Un mundo de basaltos encendidos»: procesos de creación literaria a partir de la correspondencia entre María Cegarra y Carmen Conde desde 1932 hasta 1935.....51

LEUCI, VERÓNICA  
«Mujeres de pluma»: Redes literarias y diálogos poéticos entre Ángela Figuera y Carmen Conde.....73

MARTÍN GONZÁLEZ, MARÍA VICTORIA  
«¡Andar sin cansarme!, andar el mundo!». Los textos radiofónicos de 1947 de Carmen Conde. Análisis y valoración.....97

PINTA, MARÍA FERNANDA  
Escuela Serena. Formas artísticas y pedagógicas de movilizar afectos y reflexión entre la escuela, el archivo y la práctica curatorial.....115

## 2. SECCIÓN MISCELÁNEA

PEREIRA, ALMERINDA M.<sup>a</sup> ROSARIO Y PAULA ALEXANDRA VALENTE COUTO  
O quarto em Lessing e Matute: o lugar da liberdade imaginativa e da  
identidade – uma leitura didático-pedagógica.....153

## 3. RESEÑAS

BARRENO GARCÍA, IRENE

De la Torre, Josefina (2024). *Al habla con Josefina de la Torre. Entrevistas, artículos y textos de una vida en la esfera pública (1931-2001)*. Ed., introducción y notas de Alejandro Coello Hernández, Fran Garcerá y Alberto García-Aguilar. Madrid: Torremozas. ISBN: 978-84-7839-927-7. 406 pp.....179

CACCIOLA, ANNA

Establier Pérez, Helena (ed.) (2023): *El corazón en llamas: cuerpo y sensualidad en la poesía española escrita por mujeres (1900-1968)*. Madrid: Iberoamericana Vervuert. 415 pp.....185





# EDITORIAL: CARMEN CONDE, PALABRAS PARA CONTENER UN DESTIERRO

LEADING ARTICLE: CARMEN CONDE: WORDS TO CONTAIN A  
BANISHMENT

DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/CAUCE.2024.i47.01>

DÍEZ DE REVENGA, FRANCISCO JAVIER  
UNIVERSIDAD DE MURCIA (ESPAÑA)  
Catedrático Emérito  
ORCID: 0000-0001-9456-4154  
[revenga@um.es](mailto:revenga@um.es)

**Resumen:** Carmen Conde vivió en sí misma la intensidad de un destierro interior que coincidió con su propia aventura vital en los años inmediatos al final de la Guerra de España. Su poesía se manifiesta en intensidades expresivas de indudable originalidad y se caracteriza por su particular vehemencia porque registró ansiedades vitales y sensaciones que surgían desde su voluntario confinamiento necesario por razones políticas. La escritora exiliada, perseguida y buscada, trasladó a su palabra poética sentimientos que fructificaron en una etapa de su poesía muy concreta y desde luego propia y personal.

**Palabras clave:** Carmen Conde, exilio, destierro interior, confinamiento, poesía.

**Abstract:** Carmen Conde experienced within herself the intensity of an internal exile that coincided with her own life adventure in the years immediately following the end of the Spanish War. His poetry manifests itself in expressive intensities of undoubted originality and is characterized by its particular vehemence because it recorded vital anxieties and sensations that arose from his voluntary confinement necessary for political reasons. The exiled, persecuted and searched writer transferred feelings into her poetic words that bore fruit in a very specific stage of her poetry that was certainly her own and personal.

**Key-words:** Carmen Conde, exile, internal exile, confinement, poetry.

Entre 1939 y 1946, Carmen Conde vivió en sí misma la intensidad de un destierro interior que coincidió con su propia aventura vital, que sus biógrafos han detallado cuidadosamente. Su poesía, escrita en aquellos años y recogida en varios libros, se manifiesta en intensidades expresivas que

están forjando una estilística poética en español especialmente agresiva e innovadora. Carmen Conde establece entonces un modo de hacer poesía que históricamente se le ha reconocido por su indudable originalidad y, desde luego, por su particular vehemencia. Se trata de una etapa en su obra creadora de indudable personalidad, tras la cual, ya en 1947, *Mujer sin edén*, su libro más valorado, iniciará otro espacio, y otros objetivos conducirán su poesía a un éxtasis creciente.

Posiblemente, por esta razón, los libros que escribe en esos años de posguerra formalicen o constituyan un período que revela un claro exilio interior, un destierro en el que algunos elementos, míticos ya en su poesía de aquellos años, determinan su singular originalidad, como pueden ser el mar, tan suyo, y tan añorado desde la distancia, como puede serlo también la tierra, con inmensidad en su alrededor, pero también con su intensidad telúrica, y, desde luego, como lo es la soledad, la soledad en compañía pero la soledad metafísica sentida desde muy adentro. Y, desde luego, el amor, el relato del amor de la eterna enamorada, tan sensible a todo, y el alma, y el cuerpo, y la personal concepción de Dios, y todos los demás que han compartido soledad y que han creado concurrencias.

Penetramos en una etapa muy compleja y menos explorada que otras zonas de su obra poética quizá por su propia dificultad, aunque biográficamente la podemos situar con detalle en los lugares en los que llevó a cabo ese confinamiento voluntario, aunque no tanto, de los primeros años de la Posguerra. Pero lo que queda muy claro es que Carmen se refugia, como ha hecho tantas veces con anterioridad y lo hará en el futuro constantemente, en la escritura. Porque la poesía para ella se convierte a partir de ahora en consolación y, desde luego, en salvación ante la adversidad. Por eso surge su lírica desde una autenticidad nítida, porque nace de la necesidad de la escritora de refugiarse en la palabra y encontrar en ella el destino que ansía y que busca. Es una etapa en la que Carmen realiza un claro proceso de introspección que ha de explicar su identidad y su destino, por lo que el esfuerzo es el resultado de una ansiedad constante, de la persecución de un anhelo y sobre todo la necesidad de alcanzar la gracia, en el evidente sentido simbólico que figura en el título del poemario que cierra esta etapa, revestido de la manifestación de la ansiedad, como lo es en efecto *Ansia de la gracia*.

El universo poético de Carmen Conde se enriquece desde el punto de vista mítico con la presencia de seres sobrenaturales, del ángel y del

arcángel, que protagonizan las reflexiones poéticas de estos años de apartamiento y exilio. Pero junto a estos seres etéreos y celestiales, surgen algunos elementos que definirán las representaciones poéticas y las poblarán de sentido, como son los sueños, las sombras y sobre todo los recuerdos y la memoria de la tragedia colectiva reciente, aún viva, que ha dejado huella muy profunda en la escritora y que se consagra en sus oleadas de memorias que no saben si son colectivas o propias, como hemos de ver más adelante. Las criaturas que pueblan sus poemas adquieren un protagonismo simbólico de una gran complejidad y asumen la vehemencia de las construcciones poemáticas que confecciona la autora en sus horas de soledad. Porque la soledad y el silencio, junto a la evocación del mar, ahora imposible y lejano, y de la tierra (pero también de la luz y del viento) que circunda a la exiliada formarán parte de su universo poético y lo enriquecerán con intensidad. Desde la indagación especular e introspectiva de la propia identidad al escrutinio de todo lo que la rodea, desarrolla Carmen un proceso de búsqueda que pone de relieve su necesidad imperiosa de alcanzar la gracia.

Cuatro libros, *Mío* (1941), *Ansia de la gracia* (1945), *Mi fin en el viento* (1947) y *Sea la luz* (1947), precedidos del inédito hasta 1967 *El Arcángel* (1939) constituyen un bloque compacto de la lírica de la desterrada, de la inquieta mujer que define identidades para mostrar desolaciones y búsquedas tantas veces infructuosas, de la creadora de una lírica definidora de una visión del mundo que surge de la propia intimidad para expresar interiores del alma de especial complejidad, tanto por la propia pasión eterna como por las circunstancias que modulan existencia y con dolor muchas veces, el espíritu de nuestra inquieta desterrada.

Ella misma cuenta en sus memorias, *Por el camino, viendo sus orillas*, en el capítulo titulado «Penosa realidad» cómo se produjo ese exilio interior y las consecuencias vitales y personales que provocó en ella esta etapa de apartamiento y soledad:

Un año entero encerrada en una habitación, lee que te lee y escribe que te escribe. De aquellos días —rodeados de ternura y de generosidad— salieron muchísimas páginas, entre ellas las que componen mi largo poema *El arcángel* incluido, inédito, en mi *Obra poética*.

[...]

El horizonte se cerraba cada vez más, y la salud se resentía, tanto en la amiga en cuya casa estaba yo, como la mía. Imposible salir de Madrid todavía. Las noches eran insostenibles para mi desánimo. Las mañanas aliviaban la tensión y se soportaba el día sin futuro previsible. Desde la habitación donde yo dormía se oía

todas las noches el ruido de los fusilamientos en el cementerio o cerca, nunca lo supe bien, de los «criminales republicanos», o comunistas, o vaya quién a saber qué clase de hombres sufrieron muerte.

Así pasó el año 1939-1940 (por lo que a mí se refiere), con su verano caluroso en piso que lo acusaba; con el tormento de las cartillas de racionamiento y del estraperlo: hambre para todos, pan agrio de apretado maíz, amenazas desde todas las bocas, y la angustia del recuerdo de los míos... Sin el cariño que me rodeaba y las atenciones, yo no habría sobrevivido.

En la primavera de 1940 fuimos a buscar casa en El Escorial por prescripción facultativa (¡bendito doctor Calandre Ibáñez!). Al enfrentarme con el camino y luego con el monasterio, me eché a llorar. Eran dos emociones contradictorias: la repulsa levantina al mundo de piedra que parecía inhóspito, y la admiración a un tiempo por el mismo.

[...]

Después del verano tomamos casa en la Alameda, número 12, 2º piso. Allí empezó una etapa inolvidable para mí. Desde los balcones y mirador del piso se veía la fachada norte del monasterio con todo su esplendor. Antes de seguir diré que allí escribí unas páginas a manera de ensayitos literarios que reuní en un libro, *Mi libro de El Escorial* [...] y muchos poemas destacando entre ellos los dedicados a El Escorial y que formaron mi primera entrega *Pasión del Verbo* y más tarde *Ansia de la gracia*.

[...]

Jamás, desde entonces, he disfrutado de mayor serenidad y tiempo para escribir a todas horas. La seguridad adquirida allí consta en mi poema «Jardín de El Escorial» (*Ansia de la gracia*). Las horas se vivían plenamente (Conde, 1986 I: 208-209).

En los primeros años de la posguerra y del exilio interior El Escorial tiene una importancia decisiva para Carmen Conde como lugar de escape y también como refugio para su aislamiento personal y psicológico. Es interesante a través de lo que escribe en las agendas conservadas en el PCCAO (Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver), de aquellos primeros años cuarenta los comentarios que escribe a casi diario en relación con su estancia en El Escorial y lo que ese retiro del mundo supone para ella. Así en las dos agendas conservadas de 1942, se recogen observaciones como estas:

Enero, 9. A El Escorial en el autobús de las 6. Frío aterrador. Llegamos y todo está dispuesto por la diligente Vicenta. ¡Qué primor de casina, toda cálida como un nido! Es un descanso maravilloso. ¡Quién viviera este, y otros muchos, invierno otra vez aquí!

Enero, 10. El Escorial. Es todo lo que puedo decir. Aire de yelo, nieve por todas partes, sol, y ventiscas. Gloria de El Escorial..

[...]

Febrero, 4. [...]. Por la tarde, sacamos billetes para El Escorial donde vamos a pasarnos el día 6 Amanda y yo, solas creo.

Febrero, 5. A las 9'15 a El Escorial. Sol en Madrid, y brumas ligeramente lluviosas, en El Escorial. Quietud, reposo; gozo de su breve (¡ay!) recuperación. Hubo grandes vendavales, como el año pasado. Aún no han vuelto las cigüeñas, que están al llegar. Esta inapreciable mujer que es Vicenta (Jiménez) y que nos sirve admirablemente desde el 25 de octubre de 1940, nos lo dispone todo, al punto. ¡Qué paseo, y qué quieta tarde al amor del brasero!

Amanda lee *La vida sencilla*, y yo sigo «sintiendo» esa obra teatral con el tema máximo de la muerte, para cerrar la serie de *El ser y su sombra*, *Instinto*, ... Tengo pereza física de escribir. Y dolor profundo por todos y todo. Por los míos, por los desconocidos que sufren; y por los que vuelcan su angustia en mis oídos, desoladamente.

Todas las gentes nos reciben y saludan con simpatía y afecto.

[...]

Marzo 6. En El Escorial. Noche y mañana de gran lluvia. Aquí, sol y aire.

Ha cambiado el ambiente del pueblo, está más ahogado y triste. La gente se siente oprimida por las dificultades cada día mayores. A nosotras nos pone tristes la angustia que vive en el aire<sup>1</sup>.

Interesa, por ello, volver a *El Arcángel*, recordemos, de 1939, inédito hasta la *Obra poética* de 1967<sup>2</sup>, y descubrir en su apertura la aparición de una criatura sobrenatural y celestial que comparece ante el sobrecogimiento de la escritora, criatura superior, más aún que un ángel, para mostrar el nombre de María y evocar su virginidad. Durante el día la escritora está desconcertada, sonámbula, desacertada, pero con el Arcángel todo cambia porque Dios necesita la voz del Arcángel para venir al mundo. En su reposo, en su retiro, en su destierro, la autora necesita y espera el privilegio que se ha cumplido en las noches en delirio, de espera por el Arcángel; y el encuentro se resuelve en consuelo pero también en fusión con la inmensa arquitectura de su imagen, como la arena que recibe la marejada de las plumas del Arcángel.

En la imaginística de este singular libro surgen nuevas figuras, nuevos seres simbólicos interfieren entre la escritora que espera su fusión con el Arcángel. Un caballo desde la nieve se aproxima a la puerta y la aurora se sobrecoge con su presencia porque no es un mensajero de la ansiada y futura posesión. Y con él la anhelada gracia que no se alcanza enseguida

---

<sup>1</sup> Agendas conservadas en el PCCAO.

<sup>2</sup> Seguimos esta edición, preparada y revisada por su autora, ya que la última, Madrid, Castalia, 2007, está plagada de erratas.

porque no hay pasos que recorrer y todavía hay que sentir nuevas elevaciones. Solo el Arcángel será la salvación ante la nieve elevada desde el suelo triste en la alta noche. Los galopes secos en la llanura nevada suenan transparentes de caballos que acuden a la defensa de la enamorada, invitada al imposible reposo, destinada a suspirar y esperar, porque la nieve, el sol y la luz no son sino accidentes del Arcángel. Caballo, ángel y Arcángel. Todo, ventana, cielo, madrugada, toros alados y leones, la anunciación de un ángel sin alas, arcángeles nuncios para evidenciar desolación: «¡Oh pequeñez de mis dolores de la tierra, de mis cuerdas de realidad! ¡Delirio, frenesí arcangélico, derramamiento de nuestra principal unión, plenitud de su descenso a mi cuerpo!» (Conde, 1967: 222).

Tiempo, sombras y muerte contextualizan los espacios del Arcángel y el diálogo apasionado y vehemente con la enamorada («tengo amor por él») (Conde, 1967: 223). El sueño, la vela y la pasión por el Arcángel soñado y sentido próximo y cercano, con el caballo blanco y en el mar que «cabe en la caliente urna de sostenido ensueño» (Conde, 1967: 223).

La visión personal de su propia intensidad condolida cierra la visión arcangélica en la última estancia, titulada por el «verbo». Visión introspectiva de una mujer destrozada por su propia inquietud y su inmensa soledad ansiosa de la protección sobrenatural del Arcángel, poeta, pobre sin genio, antorcha de pequeñas lumbres, soñadora de alterar torres y segar murallas. Y sola resta, sin compañía, abandonada de todos: «¡Feroz soberbia rival del Dios a quien amo, luchando por atraer a mi pasión y locura cuanto ya no podía arder *mío!*» (Conde, 1967: 224).

La soledad se impone y obliga a caminar desde la noche del ensueño al amanecer inesperado e ignoto. Sin camino, frente al viento de abril, sin otro bien que el propio pensamiento, rival de la tierra, en el amanecer ríe el Arcángel y una mano invisible pone fuego a la antorcha del sol: «No queda de mi angustia ni una aguja de frío. El sol vacía mis venas y son sangre mía las hierbecillas microscópicas, las crías inocentes de las aves y todo lo que es arena donde los transeúntes del alba ponen su despertar» (Conde, 1967: 226).

*Mío*, de 1941, presidido por el epígrafe de «El Escorial», permanecería inédito hasta 1948, cuando formó parte de un opúsculo titulado *Mi libro de El Escorial, Meditaciones*, editado por el Colegio Mayor Santa Cruz de Valladolid. El sucinto título *Mío* no es nuevo en Carmen Conde, porque, como hemos advertido, se sugiere en *El Arcángel*:

«luchando por atraer [...] cuanto ya no podía arder *mío*» (Conde, 1967: 224).

*Mío* es libro de soledad, de intimidad y de aislamiento en los primeros meses de la dolorida posguerra de Carmen Conde, retirada del mundo en El Escorial. Revela la expresión de un alma tremendamente angustiada y la vehemencia e intensidad emocional se va acentuando en los sucintos veinticinco poemas que componen el libro:

Unísona unidad compacta. Bajo retumbante que las montañas sostienen. Trazado indeleble en la abierta llanura. La luz que te señala en las noches de fuegos, revela tu arquitectura a la Toledo del alfanje líquido.

¿Quién, si no tiene un alma oceánica, puede resistirte el frente a frente, desnudos los dos de ternuras, en hispídos inviernos como los tuyos?

He puesto mis manos sobre tu roca amartillada, domada, hecha carmen de ardores, y nos hemos trasvasado el calor que nada ni nadie apaga (Conde, 1967: 229).

Desde el inicio, El Escorial es luz y fuego, carmen de ardores, lumbres y vértigo que abrasa. La piedra es roca amartillada que se torna en permanencia de la tierra, en eternidad. Porque en El Escorial la liturgia de la piedra niega la fugacidad. El paisaje se convierte en conjuro y los robles crean el espacio propio que en el cuarto poema se consagra como *mío*, tal como se venía adelantando en el libro precedente. «Esto es *mío*» se proclama al iniciar el poema contando con el tiempo, con el espacio, con la profundidad: «Es *mío* lo que elijo. Aparto de la multitud un ser y ya no se me va del corazón. Sumiso y dulce me da el suyo, porque siente –sin entender el misterio– que cumple con Dios al venir conmigo» (Conde, 1967: 230).

Comparece en las estancias siguientes el mundo del sueño: dormir, soñar, ensueño y desvelo: «Haceros soñar lo que nunca, si no es por mí, convertiríais en realidad mágica» (Conde, 1967: 231). Y con el sueño y el ensueño la permanente pasión por el mar, la plenitud del mar, «por donde yo entré a la Poesía» (Conde, 1967: 232). Y además la pasión por permanecer («No quiero irme») (Conde, 1967: 233) y la lucha constante entre el destino y la voluntad: «Pero ¿es que yo puedo sufrir un destino en lugar de hacérmelo a mi voluntad? (Conde, 1967: 233)».

La pasión por la vida en el destierro y la voluntad que supera el confinamiento desarrolla en la exiliada en El Escorial una decidida pasión por la fuerza del entorno y la presión implacable del paisaje, de las cimas, del monasterio y de su lección de trágica y funeral historia. Una declaración

de amor que también alude a la procedencia, al lugar de la historia y de la vida de la que la autora en ese momento vive, con toda su lección de dramatismo social y trágico patetismo personal. El Escorial es entonces pasión y refugio y la unión se fortalece en ese *mío* tantas veces reiterado, al final convertido en contención y milagro:

Te quiero porque tiembla mi cintura entre tus brazos. Me gustan tu olor áspero, tu viento salvaje, tu carne estremecida de inesperadas corrientes; la serenidad exterior de tu traza y el arrebatado apasionamiento que escondes.  
He sido tuya como solo se es del que nos da hijo. Me has ordenado las prisas, corregido los impulsos; tu solemnidad me hizo soñar siendo señora de mí misma.  
Nada me importan tus transeúntes, ni siquiera tus muertos entroncados con la Historia...  
Para pertenecerte así había que venir desde el fragor de los otros y del mío; enterarme de la formidable virilidad de tu hechura.  
Como la semilla calma la fecunda avidez, así tus columnas, tus pórticos, tus torres, todas tus piedras calientes realizaron su milagro:  
Contenerme (Conde, 1967: 233).

Ante la partida se divisa el futuro y la autora se inquieta ante sus respuestas. La memoria de sí misma vinculada a los espacios habitados y la convivencia existida: «Se acaba el tiempo hoy, se adviene el mañana» (Conde, 1967: 235): «Mas aquí he estado, he sido yo. Y todo esto ha sido mío. Lo que es mío plenamente me llena de sí y se aumenta conmigo (Conde, 1967: 235)».

Cielo, tierra, viento, arquitectura, columnas, pórticos, torres, piedras calientes: «Frescura y amparo de la desnudez. Suntuosidad de la piedra tallada con rito ascético» (Conde, 1967: 237). Porque el poemario se cierra con la evidencia de la fusión íntima entre enamorada y paisaje con arquitectura, con historia, con primitiva hermosura original. Enraizada en la tierra, la autora encuentra su salvación «del plomo de mi siglo» (Conde, 1967: 238), transida de la esencia de El Escorial: «¡Te hallarán en mi obra, más tú que tú mismo!» (Conde, 1967: 238).

Y, al final, el mar, «el mar mío mediterráneo» (Conde, 1986 I: 265), tan lejos de El Escorial para cerrar con la última y definitiva pasión de la esencia del paisaje y del entorno:

¡Ya soy la tierra también!  
Podréis arrancar desde mí si me hundís vuestras raíces.  
Mis manos os sostendrán para que describáis la órbita siendo siempre míos (Conde, 1967: 238).

En este punto hay que hacer referencia a un poemario excepcional que Carmen escribe en estos mismos meses de destierro interior: *Honda memoria de mí*. En realidad, *Honda memoria de mí* es un extenso poema que fue publicado por primera vez, en 1946, en una preciosa edición «de lujo», ilustrada con dibujos de Pedro de Valencia y Eduardo Vicente, por la escritora Josefina Romo Arregui.

*Honda memoria de mí* fue el primer libro de poemas que Carmen Conde escribió tras la Guerra de España, cuando se hallaba refugiada en Madrid. Al terminar la contienda, tanto Carmen como su amiga Amanda Junquera parten de Valencia y se trasladan a Madrid donde se refugian en casa de la familia de Amanda, antes de pasar a ocupar el piso primero de la casa de Vicente Aleixandre en Velintonia, 5, cuando se vayan allí a vivir Amanda y su esposo, el catedrático Cayetano Alcázar Molina. Carmen permanece escondida allí los primeros años de la posguerra por temor a las represalias que le amenazaban en Cartagena y en Murcia. Está enclaustrada y escribe intensamente. En la primavera de 1940 se trasladaron a El Escorial, y allí, en una vida retirada y campesina, Carmen comienza a reorganizar su trabajo. *Honda memoria de mí*, su primer producto de su reincorporación a la escritura poética, lo escribe en esos meses en la sierra y lo finaliza en enero de 1942. Lo fecha en Castilla.

El extenso poema conocerá esa primera edición de 1946 y en 1947 lo incorpora a la edición de otro de sus primeros libros de la posguerra: *Sea la luz*. Organiza el nuevo libro en dos cantos junto a ese extenso poema, *Honda memoria de mí*, dividido en numerosas estancias independientes. Si en el canto primero asistimos al momento de la muerte y a la morbosa y detenida descripción casi medieval de los estragos que la macabra e inexorable hará sobre el cuerpo humano, antes lleno de vida y hoy convertido en corrupta putrefacción, en el segundo canto plantea el acceso al más allá esperado y deseado, la visión de Dios y la aceptación del destino ansiado, tras haber transitado el alma por una serie de espacios hasta llegar *Ante Dios*. La tercera parte está dedicada a la *honda memoria* de sí misma, para concluir un conjunto en el que de nuevo la autora se plantea su eterno destino partiendo de lo más material —el cuerpo— para llegar a la reflexión del objetivo final del alma y, por último, la tercera vida, la del recuerdo, la de la memoria. Cuerpo, alma y memoria revelados en una angustiada y apasionada indagación ascensional y ascética.

*Honda memoria de mí* constituye una valiosa representación de la escritura de Carmen en esos primeros años de posguerra. Vehemente y agresiva, firme en su voluntad, se recrea la escritora en la vitalidad de las imágenes y las representaciones de la naturaleza, siempre con la imagen suya de Dios muy personal, en esta visión de lo creado. Pero son los recuerdos, la memoria, los que protagonizan esta especie de autobiografía poética escrita en un momento crucial. Y también los olvidos, que dramatizan los impulsos de cada una de las estancias del poema.

En las anotaciones, Carmen refuerza argumentos y atribuye a la poesía total capacidad para reflejar el mundo interior, la ilusión, el ansia de perfección y de purificación, la vitalidad y la ansiedad de ser ella misma. Así afirma su propia personalidad y su voluntad de permanecer alerta, porque, como proclama contundente, «la poesía da un poder de inteligencia sensible».

En 1944-1945 se inicia la nueva poesía de Carmen Conde, ya en verso, que habría de culminar en *Ansia de la gracia*, tras el adelanto de *Honda memoria de mí*, el largo poema de singular intensidad lírica, y de los veinticinco poemas de *Pasión del verbo*, recogidos igualmente en tal libro, aparecido en la colección Adonáis (1945), primer reconocimiento de la poesía de la autora a través de un medio de difusión muy influyente y poderoso en aquellos años de Posguerra.

Se trata de un conjunto de poemas de una gran complejidad porque aúnan sentimientos vehementes de existencia y examen escrutador de la realidad circundante que forma parte de la vida de la escritora, cuya identificación y búsqueda de sí misma constituye uno de los alicientes del lirismo y la autenticidad de estos poemas, que rompían con lo establecido en los medios editoriales de la época, sobre todo cuando el conjunto se conoce a través de la edición de Adonáis.

En *Ansia de la gracia* (1945), Carmen Conde muestra uno de sus más sinceros mundos poéticos, comenzando por un intenso espacio dedicado al «Amor» y presidido por la autenticidad de una pasión y la verdad de una ansiedad constante y mantenida. La directa referencia a los momentos del amor descubre la intensa sensualidad que los define al tiempo que recupera la gran fuerza de la naturaleza circundante, enriquecedora con su imaginación de los espacios concretos del amor, vitalista, encendido y vivido a flor de piel. La entrega, la posesión, el encuentro, la ausencia, el hallazgo son escenas mismas de una pasión, con las que se abre este libro

que tiene otros episodios, recogidos en el apartado subsiguiente: «Destino», con reflexiones existenciales marcadas por el paso del tiempo, advertido en la naturaleza circundante y la propia imagen entrevista en el espejo, mientras que la muerte, de nuevo el amor, y sobre todo las interrogaciones ante el destino y ante Dios, amplían notablemente este mundo poético.

Junto a sentimientos eternos como la soledad o el presentimiento, motivos concretos y entrañables como la evocación de la madre o la reflexión ante un cementerio romántico, complican un mundo poético que, ante todo, lo que busca es expresar la ansiedad de la gracia, a la que se alude en el título, mientras que la autora intenta escrutar su propio destino, entrevistado en las escenas existenciales, voces escuchadas, ansiedad de conocimiento y, sobre todo, búsqueda de la verdad apasionada e incesante. Versos regulares, espléndidos endecasílabos y combinaciones de versos en libertad dan cuerpo a este nuevo mundo poético.

Siguiendo el orden de los poemas que estableció Carmen Conde a la hora de establecer su *Obra poética (1929-1966)* hallamos los signos del destierro interior que informan toda su poesía lírica de los años inmediatamente posteriores a la Guerra de España. Los poemas que tienen como escenario El Escorial rezuman desolación y desamparo y solo la piedra acompaña a la escritora en su destierro, Aunque resurge la figura del Arcángel y su arquitectura, el mito trae consigo los signos de la soledad que cierran el poema inicial de la serie «Destino», integrada en *Ansia de la gracia*. El «Clamor en Castilla» es el que marca el clima de desolación, ante la figura del mítico Arcángel:

Arcángel,  
vuela piedras del cimborrio,  
el jardín y sus estanques (Conde, 1967: 258).

Es el mundo de la piedra el que envuelve a la escritora con su dura lección de permanencia sobre el tiempo, sobre los huracanes, sobre las arenas. Ni siquiera el ardor de las campanas aplaca la sensación de desamparo, ante el seguro destino y la eternidad, cuando surge la simbólica siempre representación del mar, para cerrar manifestando, aun con mar, la soledad absoluta de la desterrada:

Ven, mi mar. Dame olas tú de acero,  
dame fuerzas que se duerman a tu margen...  
¡Que yo sola, sin espumas, sin sirenas,  
solo puedo abrir los brazos a un Arcángel (Conde, 1967: 259).

Será en «Jardín de El Escorial», poema recordado por Carmen en sus memorias antes citadas, donde el silencio, la piedra, los siglos imponen su grandeza monástica frente al gran edificio, mientras cigüeñas, golondrinas y aun cuervos vuelan para poblar una soledad que es intrínseca ante tanta grandeza. Tierra dura, hostil, siempre seca para la desterrada, mientras el frío envuelve los bosques:

Yo aquí pude sacar lo mejor de mi vida.  
Aprendí a conocerme, a saber lo que quiero.  
Y no puedo alejarme, para nunca perder  
esta seguridad de la Tierra y del Cielo (Conde, 1967: 260).

La introspección es exigente y dura, y el espejo envuelve a la desterrada, que manifiesta una imagen de sí misma, pobre y mísera, como se lee en «Asalto», mientras que en «Cansancio» surgen las llagas, que viven de ser llagas:

Porque vivo sombría de horizontes,  
árbol solo, luz sin lumbre, aguardando  
solo el final del mundo,  
solo el final (Conde, 1967: 261).

Son los sueños compañeros habituales del destierro, inundan la existencia con sus mandatos y su voz marca un camino que conduce a situaciones de tormento en el cuerpo y en el alma. La soledad en la niebla acentúa desolaciones, aunque las promesas no sirvan y surja el «amor que se gasta sin medida / y luego el corazón pide llorando» (Conde, 1967: 263). Un poema como «Espejo», evidentemente introspectivo, descubre intimidades que revelan lo que se podía esperar en este clima de tanta desolación. Aunque la voz poética nunca está sola, por lo menos eso es lo que se afirma, la realidad circundante avisa de soledad. Sola consigo misma, porque oye su propia sangre, porque sueña con ella misma, aunque surja la imagen del deseo, pero nunca está sola, porque «ves ángeles que en nubes te denuncian: / ves la lluvia que los hila, / tú, / la sola» (Conde, 1967: 264):

¡Qué soledad tan llena de gran sabiduría  
 la que me inclina a solas, en silencio sagrado!  
 Dios late de mis ojos, recostando su Verbo  
 en esta voz tan áspera con que quiso transir  
 Al alma que lo vela como a un hijo de la sangre (Conde, 1967: 265).

Y en «Tránsito», surgen la luz, la soledad y el silencio, pero también el mar, fondo de la evocación de la desterrada y su ansia de la gracia, un ansia de morir siendo vida, que se cierra, sin embargo, con la claridad de un horizonte sin medida:

Luego de la luz era la Luz.  
 Después estaba el mar y con el mar  
 un ansia de morir siendo su vida.  
 Mi alma sola, sueño liso respiraba

por sus ramas silenciosas de agua quieta.  
 Otros seres que achicaban mi estatura  
 ascendían en un vuelo transparente.

Ya estos días que reciben mi presencia  
 iban lejos de mi tiempo...;  
 un silencio de latidos resonaba.

Arriba de mi aurora cantó un pájaro  
 y yo lo repetí con inefable  
 claridad sin horizonte ni medida (Conde, 1967: 266).

Son los sueños compañeros seguros del destierro. En la búsqueda de la propia identidad, Carmen Conde indaga los sueños y proclama: «¡Nombres quieren los sueños!» (Conde, 1967: 267). Es el poema titulado «En el principio», y es una confesión en indagación de propia identidad, en un momento crucial de existencia en soledad. Y la escritora se pregunta: «¿Por qué los sueños quieren tomar parte del mundo / si cuando son presencias sin contorno / alivian tanto al alma?» (Conde, 1967: 267).

La búsqueda del propio ser alumbró desazón y los nombres («¡Qué tortura es llamar!») (Conde, 1967: 267) no traen la luz y los fantasmas seguirán siendo fantasmas. La soledad es completa. Los demás ya no están. Y la voz lírica queda sola:

¡Una niebla delgada entre el mundo y mis ojos;  
 un silencio de exactitudes, un cielo

sin arcos que sostengan la bóveda  
de la verdad con nombre fijo!

Me voy quedando sola en este mundo,  
porque en el otro crecen mis amigos eternos (Conde, 1967: 267).

Es interesante recuperar en estas horas de destierro el compromiso de Carmen Conde con el mundo exterior, con la situación geopolítica de un entorno ahora destruido por la guerra y la muerte. Una «Elegía» alza la voz de la pérdida en estas horas de exilio interior y el entorno europeo comparece con su reciente devastación por la guerra. El poema es extenso y en él aparecen las ciudades derrumbadas, donde ya no arrullan las palomas en las cúpulas nutridas de hermosura y de historia. Avenidas, jardines y palacios han sido destruidos, pero lo ha sido también una juventud muerta en la batalla. Surge el sueño para acoger a los muertos, al dolor de los jardines y al dolor de los estanques, el hambre y la muerte:

¿Por qué os derrumbáis, ciudades europeas?  
Hubiérais yo loado, con qué dicha  
mi voz os arrullara. ¡Oh palomas  
en cúpulas doradas de prestigio!

Teníais hermosura, historia luminosa,  
y me dejáis en mitad del yermo.  
¡Ay! Lloro por vosotras. Un robo inesperado  
parece ante mi amor que os citen los viajeros  
de vuestras avenidas, jardines y palacios.

Toda la infancia en vilo. La juventud de lucha:  
¡Por veros y sentiros, por cantaros a todas!  
Trabajando de día, aprendiendo en la noche.  
Vistiendo lino humilde, alimentando apenas  
los años más voraces de la vida (Conde, 1967: 271).

Y las lágrimas de la desterrada brotan ante el robo inesperado, desde la propia clausura, desde el propio destierro en soledad:

De lejos y de oídas tenía que enamorarme  
con un ardor inútil, de Europa derrumbada.  
Y vivo a solas hoy Castilla, la rugiente  
de tantos huracanes como galopan. Sola (Conde, 1967: 272).

En el primer volumen de sus memorias se conserva un texto, escrito en El Escorial el 25 de enero de 1942:

Te necesito, mar.

He aprendido a sustituirlo todo en mi cabeza menos a ti. Tú no dejas nunca de ser el mar mío [...].

A veces estoy enferma de no ser tuya. El amor exterior gasta menos el cuerpo que el amor sollevado con ahínco. ¡Cómo se pierde juventud en tierra adentro! El alma gana tal pesantez que toda la carne es alma que pesa.

¡Tu fuerza sostenedora mantiene joven y grácil más tiempo!

Mi mar, mar mío, mar mediterráneo mío... Este viento copudo de Castilla se parece a tu oleaje, sin tu olor, como una mano en la oscuridad a la mano amada en plena luz (Conde, 1986 I: 265-266).

Y es que una de las privaciones y carencias más inmensas que sufre la desterrada es la lejanía del mar, su ausencia, la pérdida de su intensidad como forma de sentir la propia vida vinculada a los espacios inmensos que han formado parte de su vida anterior junto al mar. Porque el mar para ella es vida porque forma parte de su propia identidad y con ella ha permanecido siempre: vida y también reflexión y, siguiendo la tradición bíblica, imagen de la muerte, como explicó muy claramente en su entrevista con Rosario Hiriart en frase que ya se ha hecho mítica: «Yo vengo del mar, aún más, me gustaría morir en el mar».

En «Irrefrenable» la exiliada añora en el accidentado paisaje escurialense al mar, a su mar, entre las memorias y los sueños:

Algunos días por mi corazón la Tierra

pasa igual que el Mar.

Desembarcan oleadas de memorias

que no sé si son mías,

que no sé si las sueño...

En estos días, por mi corazón en vilo

el Mar lo empuja todo.

¡Soy tierra aquí en lo alto, mas aquello...!

Aquello que es el Mar huele a semilla:

a hombre que me hizo y que me tiene (Conde, 1967: 273).

Evidentemente, *Ansia de la gracia* es un libro de búsqueda y de indagación en tiempos difíciles. Las cicatrices de las recientes lesiones vitales han dejado su marca y han concienciado las reflexiones de una poesía, muy claramente de ansiedades.

Un poema como «Conciencia» manifiesta la necesidad de entender lo que ha sucedido y lo que está ocurriendo, y delata la inquietud ante los metafóricos mensajes que hay que descifrar desde la conciencia, pero también desde la protesta, desde el clamor, que surge de los obligados silencios, para que los cobardes tengan muy claro que la voz de la escritora alza por ellos precisamente la vehemente protesta eterna contra los maltratadores de los más débiles, de los que han sufrido la opresión y los males de la guerra, aunque se resignen en su mísera carne, y justamente por eso, porque se abaten ante la adversidad.

El clamor surge entonces desde los silencios y contiene un mensaje que revela el entendimiento y la comprensión de todos desde la especial capacidad de la voz de Carmen para comprenderlos, explicarlos y descifrarlos, labor para la que nuestra autora se considera la predestinada. A ella no cesan de llegarle los clamores, ante el silencio de las aguas y de las cimas y de aquellos que no se acogen al pecho protector de la predestinada:

Entender los mensajes.  
 Estar parada en el campo  
 y que lleguen las voces de todos los pechos mudos  
 a retumbarme el pecho, volviéndolo sonoro.  
 Que los cobardes sepan que por ellos levanto  
 una protesta eterna contra quienes maltratan  
 esa mísera carne de los que se resignan.  
 Que los amantes oigan su clamor en mi boca,  
 y que las flores crezcan en las gozosas márgenes  
 de mis silencios llenos de música con lluvia.  
 Que una madre se duela del dolor de su entraña  
 dentro de las mías, y que un hombre levante  
 la cabeza orgullosa de su creación más noble  
 dentro de mi cabeza.  
 ¡Una voz escuchando todas las del Universo!  
 ¡Un mensaje, entendiéndolos todos!  
 Si esto es mi destino,  
 ¿por qué no cesan de llegarme clamores,  
 y se callan las aguas, y se duermen las cimas,  
 y los que siempre buscan se apartan de mi pecho? (Conde, 1967: 275).

Interrogaciones que contienen ansiedades de la desterrada. En «Conocimiento» la autoidentificación está consumada por la desolación, por el delirio, por la tierra que aguarda y las interrogaciones continúan: «¿Qué

pozo hay al pie de mi existencia humana? / ¿Qué mano desaloja mi cántaro de júbilos? / ¡Oh sed de aquella voz que me rebose! (Conde, 1967: 276)».

Un poema especialmente singular es «Girando la mirada en torno», quizá la elegía más intensa de todas las que contiene *Ansia de la gracia*. Porque en ese universo de búsqueda de razones y de explicaciones sobre lo que sucedió, sin duda en la guerra, la palabra poética de Carmen indaga en la naturaleza y en el mundo para hallar la consolación de lo razonado ante la desdicha. La mirada de la escritora en su alrededor es una angustiosa búsqueda de la justificación de lo sucedido que no encuentra ni en las aguas de los ríos, ni en todos los océanos. Tan solo hay abismos sin descanso: tumbas de asesinados, oscuros precipicios. Y surgen el silencio y los muertos, las sombras y las márgenes floridas que quedan sin aurora. Todos en su entorno están, y esa es la clave de todo el libro, ausentes de la gracia.

Al final, la desolación ante la ausencia de todos, con la figura siempre de la mítica madre adolorida, y convertida en campanas negras que tañen a muertos sin entierro. Se trata de un poema central en el mundo de *Ansia de la gracia*, que pone de relieve el clima de angustia y desazón que inspira gran parte del poemario en busca siempre de una verdad, de una vida, de la gracia anhelada:

Nos iremos llevando las voces con nosotros.  
Para ensalzar al mundo ya no nos sirvieron.  
Algunos las cogimos de antorchas, señalamos  
oscuros precipicios, tumbas de asesinados, flores,  
y hasta el temblor de la fresca lluvia.

Han llegado los días que obligan al silencio.  
Los muertos nos lo piden a tiempo que despeñan  
su voz que ulula sombras...  
Se quedan sin aurora las márgenes floridas.

Sin dulce ensalzamiento las aguas de los ríos.  
Adolescentes hombres, las vírgenes, las aves,  
transcurren sin sonrisas, ausentes de la gracia  
que se paraba antes para loar sus vidas.

Todos los océanos engullen vorazmente  
los mundos que los hombres empujan desde el cielo.  
Abismos sin descanso consumen a oleadas  
criaturas y criaturas tumultuosas, vivas,  
que el hierro se incorpora haciéndolas su presa.

No queda ya quien cante, quien sueñe, quien medite.  
 En todos los umbrales cuajaron despedidas.  
 ¡Las madres están huecas como campanas negras  
 que tañen siempre a muertos sin entierro! (Conde, 1967: 277).

No nos vamos a detener en este libro que nació para contener un destierro, porque son muchas las representaciones que van mostrando nuevos matices de la búsqueda anhelante de la escritora, sobre todo de la investigación incesante de la explicación de todo. Quizá un poema como «Identificación», ya al final de *Ansia de la gracia* configurado como una declaración última de amor, pero con dolor, represente bien un camino de esperanza en ese camino trazado a lo largo de libro para conseguir la verdad y la gracia. Pero se advierte de que el poema contiene también negativos, y la identificación perseguida se desenvuelve entre el llanto, la enajenación y la muerte, aunque vuelve a surgir en la Carmen Conde más intensa la presencia del cuerpo y la fusión en que al final se concluye este proceso de consolación en forma de identificación:

Mis ojos no te buscan sobre la tierra inmensa:  
 eres tú mis ojos dilatándose.  
 Mis ojos te contienen; si lloras tú por ellos  
 soy yo que te libero de mí para que llores.

¡Cuán tú soy yo conmigo, amor que me enajenas!  
 ¡Qué mío tu vivir y qué mía tu muerte  
 viniéndote de mí, muriéndome contigo!

La trama del latir en cuerpo que no es tuyo  
 ni mío solamente: un cuerpo de dos seres  
 que funden la unidad de dos que ya son uno (Conde, 1967: 290).

La poesía de Carmen Conde de estos años inmediatos a la Guerra de España registró ansiedades vitales y sensaciones que surgían desde su voluntario destierro interior y de su confinamiento necesario por razones políticas bien conocidas. La exiliada perseguida y buscada trasladó a su palabra poética ansiedades que fructificaron en una etapa de su poesía muy concreta y desde luego propia y personal. Porque junto a los sentimientos de desolación y de abandono Carmen nunca dejó de ser la defensora de los más débiles y en su memoria quedaron aquellos que más sufrieron los desastres de la guerra. Todo confluye en estos meses y estos años de reflexión que se va traduciendo, conforme avanzan los años, en la búsqueda de una

identidad, en la indagación de un sentido para su vida acorde con su voluntad creadora, en anhelo de una explicación de su propio destino, en una justificación de su papel como vehemente defensora de débiles retenidos en el recuerdo de las penalidades pasadas y presentes. Pero siempre, en su poesía, hay un futuro y una esperanza en el amor y en la convivencia, y todo ello se ha podido testimoniar en unos poemas que forjan una etapa muy concreta y singular de su excelente y dilatada trayectoria literaria, que todavía en las décadas siguientes dará mucho que leer y que hablar. Y la personalidad de Carmen Conde volverá a surgir con su autenticidad y con su apasionada fuerza de escritora original en nuevas metas y proyectos.

## REFERENCIAS

- Conde, Carmen (1945). *Ansia de la gracia*. Madrid: Editorial Hispánica (Adonáis).
- (1946). *Honda memoria de mí*. Ed. de lujo no venal. Dibujos de Eduardo Vicente y Pedro de Valencia. Madrid: J. Romo Arregui.
- (1947). *Mi fin en el viento*. Madrid: Adonáis.
- (1947). *Sea la luz*. Viñeta y retrato por Eduardo Vicente. Madrid: Mensajes: cuadernos líricos.
- (1947). *Mujer sin Edén*. Viñeta de Molina Sánchez. Madrid: ed. de la autora.
- (1949). *Mi libro de El Escorial. Meditaciones*. Valladolid: Colegio Mayor Universitario de Santa Cruz.
- (1967). *Obra poética (1929-1966)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1986). *Por el camino, viendo sus orillas*. Ed. en tres volúmenes. Barcelona: Plaza & Janés.
- Díez de Revenga, Francisco Javier y Mariano de Paco (2008) (eds.). *En un pozo de lumbre. Estudios sobre Carmen Conde*. Murcia: Fundación Cajamurcia.
- Díez de Revenga, Francisco Javier (2007) (ed.). *Carmen Conde. Voluntad creadora*. Cartagena: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver.
- (2020): *Carmen Conde, desde su Edén*. Murcia: Real Academia Alfonso X el Sabio.